

---

Milcíades Peña, *Historia del pueblo argentino*. Estudio preliminar de Horacio Tarcus. Buenos Aires, Emecé, 2012. 542 páginas.

---

ADRIÁN CELENTANO Y CANELA GAVRILA

*Historia del pueblo argentino* constituye una obra de primer orden para la historiografía marxista y para la historiografía argentina en su conjunto, y ello no sólo por la rigurosidad conceptual de los análisis ofrecidos por Milcíades Peña sino también por su propuesta de comprender los procesos en una amplia secuencia temporal y por la intensa actualidad de los debates que estimula en el lector contemporáneo. De ahí que comencemos por subrayar el valor de esta “edición definitiva” que, bajo el cuidado de Horacio Tarcus y Fernando de Leonardis, agrupa en un único volumen la antigua edición en seis tomos –no fácilmente conseguibles–, y también anota y corrige el texto según las últimas modificaciones realizadas por el autor en los originales. En ese sentido, esta edición se inscribe como una pieza clave en el proyecto que Tarcus inició en 1996 con su libro *El marxismo olvidado en la Argentina: Silvio Frondizi y Milcíades Peña*, y que se trazó el objetivo de echar las bases para una revalorización crítica de la obra de Peña y, más en general, para una reconstrucción de la historiografía de las izquierdas argentinas.

Entre 1955 y 1957 el peronismo impone a los intelectuales la pregunta *¿qué es esto?*. Y es por esos años que Milcíades Peña (1933-1965), un joven historiador autodidacta y militante del trotskismo morenista, emprende el ambicioso proyecto de escribir una “historia del pueblo argentino” desde la Conquista hasta la llamada “Revolución Libertadora”. La empresa, de la que se publican varios tramos en la revista *Fichas* (1963-1966) y luego seis tomos en la editorial homónima (1968-1973), se orienta a construir una historia de la Argentina capaz de derribar los “mitos” construidos por las tendencias historiográficas vigentes. En efecto, el quehacer historiográfico propuesto por Peña, sin duda, se enfrentó con las historiografías de corte liberal, de la que los intelectuales ligados al Partido Comunista argentino pretendían ser herederos y superadores, pero también rivalizó con las historiografías revisionistas de corte nacionalista, en ascenso desde los años treinta. Como señala Tarcus en su estudio preliminar, Peña na-

rra el pasado argentino desde una visión netamente trágica de la historia que se extendería hasta su presente. El joven intelectual platense constata la “debilidad” de la lucha de clases en la Argentina de los cincuenta y va a la historia para hallar una respuesta. Allí encuentra que la “situación no tiene salida hacia adelante”, pues el capitalismo dependiente que se estableció en nuestro país impide que la contradicción entre las fuerzas sociales sea superada.

Más allá de la recuperación de Peña realizada por Tarcus, desde hace muy poco dos sectores de la intelectualidad se disputan el legado crítico de nuestro autor. Mientras que un sector de la historiografía marxista busca capitalizar la vestidura de Peña de intelectual trotskista, el actual revisionismo reivindica las rigurosas críticas al relato liberal y a la historiografía comunista. Consignemos aquí que para realizar esta última apropiación el revisionismo contemporáneo debe soslayar que Peña también desarticuló buena parte de los supuestos historiográficos de esa tradición, especialmente el carácter revolucionario del peronismo y la solidez de la estructura de clases; e incluso rivalizó enérgicamente tanto con Jorge Abelardo Ramos, orientador de la izquierda nacional, como con el intelectual comunista Rodolfo Puiggrós, devenido a fines de los sesenta un historiador clave para la izquierda peronista.

¿Por qué el desarrollo desigual y combinado no ha permitido que se consolide en estas tierras una burguesía industrial capaz de dar un salto cualitativo en las fuerzas productivas del país? Semejante pregunta no se orienta sólo por una preocupación disciplinar, sino que también participa del debate político que Peña entabla con la izquierda argentina y con el peronismo en un contexto de proscripción del movimiento y de debate sobre el futuro y las potencialidades de la clase obrera. Quizás una deuda que nos haya dejado aquí la obra de Peña sea la revisión de las capacidades de los sectores populares para incidir en el curso de la historia argentina, una revisión que complementa su agudo análisis de la acción clave de las distintas fracciones burguesas en el desarrollo y la acumulación capitalista. Y recordemos que, en su estudio de la evolución de las fuerzas sociales y de las contradicciones entre los grupos, Peña acuña categorías de análisis que aún son utilizadas por los historiadores académicos, como es el caso de “suboligarquía financiera” y de “semiindustrialización”. Efectivamente, como señala Tarcus, el peso de los interrogantes y análisis de Peña se advierte en importantes estudiosos de los procesos político-sociales argentinos; entre ellos, Oscar Oslak, Waldo Ansaldi, David Rock, Miguel Murmis, Juan Carlos Portantiero, Luis Alberto Romero y Alejandro Roffman.

*Historia del pueblo argentino* se organiza en una serie de núcleos problemáticos. En el primer libro, titulado *Antes de mayo. Formas sociales del trasplante es-*

*pañol al Nuevo Mundo*, Peña describe la formación de la burguesía europea y el particular desarrollo capitalista español. Rebate una serie de mitos, entre los que se destacan la discutida identificación de España como una potencia capitalista y el supuesto carácter feudal de nuestro pasado colonial, dos cuestiones mediante las que Peña rompe con la historiografía comunista de Puiggrós, Leonardo Paso y otros. Mientras que la lectura de las actas judiciales había llevado a Puiggrós a sostener el carácter feudal de la conquista de América, Peña se propone mostrar que se trató de un “capitalismo colonial” protagonizado por una raquítica burguesía española. Para esto se apoya en Sergio Bagú y otros autores “circulacionistas” que afirman que la expansión del “capital comercial” en América latina instaló un capitalismo orientado a la producción de materias primas para el mercado mundial, y este último determinó todo el proceso histórico. Esta caracterización del periodo colonial subyace en la comprensión propuesta por Peña de los periodos posteriores, pues la burguesía terrateniente junto a la burguesía industrial y los lazos con el imperialismo son los que perpetúan, luego de la inauténtica “Revolución” de Mayo, el capitalismo colonial e impiden el desarrollo pleno de las fuerzas productivas, condición de posibilidad de la emergencia de una burguesía nacional.

El segundo libro, *El paraíso terrateniente. Federales y unitarios forjan la civilización del cuero*, seguramente sea el primer análisis riguroso de la formación de la clase dominante argentina. Su reflexión sobre las tensiones entre los intereses del mercado externo y la impotencia histórica de la burguesía para constituir un mercado interno delinea una compleja estructura nacional, marcada por la diferenciación regional y la consiguiente imposibilidad del desarrollo de una burguesía industrial argentina. El tercer libro, *La era de Mitre. De Caseros a la Guerra de la Triple Infamia*, aborda dos problemáticas decisivas para la constitución del estado argentino: por una parte, la disputa de intereses entre las oligarquías del Litoral, de Buenos Aires y del interior, disputa que se resolverá en la consolidación de un liberalismo porteño que destruye las industrias artesanales del interior; y, por otra parte, la Guerra del Paraguay, infamia lógica de la guerra mitrista contra el Litoral y las provincias interiores que Alberdi -en su etapa más lúcida- no se cansará de denunciar. Según Peña, esta guerra pone de manifiesto la confluencia entre la monarquía brasileña, “que no es más que un juguete en manos inglesas”, y la burguesía portuaria en el objetivo de arrasar el desarrollo capitalista industrial y autónomo del Paraguay.

En *De Mitre a Roca. Consolidación de la oligarquía anglocriolla*, cuarto libro, el autor historiza el proceso de estructuración capitalista del país en el contexto de desarrollo del imperialismo, y se detiene en los vínculos de dependencia finan-

ciera que estableció la oligarquía argentina en detrimento de una acumulación del capital que habría habilitado el desarrollo de un capitalismo industrial. El quinto libro, *Alberdi, Sarmiento, el 90. Límites del nacionalismo argentino en el siglo XIX*, se diferencia de los anteriores porque al análisis de los procesos socio-económicos se suma la exploración del proyecto de Sarmiento y el de Alberdi. Peña descubre allí la problemática común a ambos intelectuales: el estudio de las posibilidades de desarrollo capitalista que permitirían el desenvolvimiento autónomo del país respecto del capital financiero exterior. A distancia de liberales y comunistas, ello le permite a Peña destacar el carácter revolucionario de esos dos intelectuales que intentaron realizar el programa de la clase social ausente, la burguesía moderna.

En el último libro, *Masas, caudillos y elites. La dependencia argentina de Yrigoyen a Perón*, el autor describe, a partir de la ley Saenz Peña y la emergencia en la escena política del movimiento obrero, el reacomodamiento de los sectores dominantes y sus estrategias partidarias en el intento de “acaudillar a las masas” para integrarlas. Como lo había hecho en el caso de la “Revolución” de Mayo, Peña muestra aquí que no se produjo ni con el yrigoyenismo ni con el peronismo una auténtica revolución.

En cuanto al primero, si bien cuatro quintas partes de la UCR eran populares, la quinta parte, que justamente trazaba y ejecutaba la política, servía al imperialismo y a la burguesía argentina, y ello a pesar de circunstanciales veleidades “obreristas” de su líder. Por otra parte, con la restauración conservadora de los treinta el poder habría quedado directamente en manos de los estancieros y el imperialismo inglés. Así, es la crisis del capitalismo a nivel mundial la que reformula el interés de quienes detentan el poder al punto de iniciar una política de “nacionalismo económico” y de consolidación de un activo intervencionismo estatal, promotor de lo que Peña denomina una “seudointustrialización”. La capitalización en la industria de la renta agraria y la territorialización en el campo de la ganancia industrial, integrada de modo creciente al capital extranjero, configuran una situación en la que las fracciones del capital han convergido contra su antagonista común, la clase obrera. Una vez más, la trilogía formada por la burguesía industrial, la burguesía terrateniente y los intereses imperialistas aparece en el centro de la escena constatando una visión trágica de la historia.

Llegado a este punto, la tarea desmitificadora que recorre toda la *Historia del pueblo argentino* se concentra en la demostración de que el peronismo no portaba el carácter revolucionario que él mismo se adjudicaba y que le concedían los historiadores de la izquierda nacional. Peña retoma la categoría marxista de “bonapartismo” para comprender a ese peculiar movimiento político que en su acce-

so al poder estatal reemplazó a los viejos partidos de la burguesía argentina, se ganó el apoyo de las masas obreras y se colocó por encima de las clases, reforzando la dominación burguesa mediante la acción del ejército, la iglesia y la policía.

Más precisamente, el peronismo habría instalado un "bonapartismo con faldas", categoría que -como señala Tarcus- Peña acuña a partir de un artículo de su amigo e historiador trotskista Luis Franco y que intenta dar cuenta del tipo de liderazgo de Eva Perón. Bajo esas faldas se habría unificado a la CGT (la central sindical estatizada por Perón hacia 1947 y subordinada a Eva) y a las masas femeninas, esto es, la multitud de proletarias integradas por entonces a la ciudadanía y a la acción política. Pero también indirectamente Evita colaboró en la unificación de los diversos sectores antiperonistas (burgueses, pequeñoburgués, intelectuales y estudiantes), pues entre ellos fue "esa mujer" que irrumpe en la escena pública con una "oratoria histérica" y cuyo accionar, dice Peña, representa "la encarnación monstruosa de la debilidad de las clases dominantes" que necesitaron de las fuerzas armadas para mantener la dominación burguesa.

Si bien las críticas que Peña le formula a Evita están basadas en la denuncia del carácter reformista del peronismo, se advierten allí varios giros que desde una mirada actual guardan una impronta sexualizada en detrimento de la femineidad, como lo sugiere la acusación de una "moderna Magdalena" condecorada y bendecida en la corte papal o la calificación de su oratoria como histérica. Por otra parte, Peña mismo sugiere una sexualización en la violencia desatada por los antiperonistas cuando advierte que éstos sólo podían nombrar a Evita mediante chistes pornográficos. En 1952 el "ala plebeya" del movimiento peronista forzó a su "ala tradicional", las fuerzas armadas, a llevar el luto por aquella mujer "monstruosa", pero en 1955 éstas pudieron "execrar al monstruo", como diría Sarmiento, o bien los militares, como concluye Peña, "que sufrieron semejante 'afrenta', calmaron su odio, tres años más tarde, ametrallando en la plaza de Mayo al pueblo trabajador en quien Evita se había respaldado". Antes de concluir, subrayemos que en esa lectura de la caída del peronismo se encuentra condensado uno de los diagnósticos marxistas sobre los que volverá la nueva izquierda argentina: si, por un lado, la reaparición de la violencia política en la historia argentina se debe a la acción de las clases dominantes, por el otro la desarticulación de las clases explotadas responde a su sujeción al peronismo. Pues, según Peña, hacia mediados de los cincuenta la dirección peronista ya no las moviliza y luego del golpe termina por abandonarlas, una lectura que, como mencionamos, fue el punto central del enfrentamiento de nuestro autor con el relato revolucionario difundido por un sector de los intelectuales de izquierda.